

ADAM BLADE

Busca Fieras®



¡CROMOS
COLECCIONABLES
DE REGALO!

FANG

EL DEMONIO MURCIÉLAGO

 DESTINO

FANG,
EL DEMONIO
MURCIÉLAGO



ADAM BLADE

 DESTINO

Un agradecimiento especial a Cherith Baldry

A Charlie, Sam y Thomas



DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© de la traducción: Macarena Salas, 2014

Título original: *Fang. The Bat Fiend*

© del texto: Beast Quest Limited 2010

© de la ilustración de cubierta e ilustraciones interiores:

Steve Sims - Orchard Books 2010

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2015

ISBN: 978-84-08-14297-7

Depósito legal: B. 13.461-2015

Impreso por Liberdúplex, S. L.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO UNO

RUMBO AL NORTE



Tom se frotó los ojos llorosos.

—Cuanto antes salgamos de estos campos de maíz apestosos, mejor —dijo.

Elena asintió.

—Yo también estoy deseando salir de aquí.

Tom sentía arcadas e intentaba no respirar profundamente. En su *Búsqueda* anterior había destruido a *Muro*, la rata

monstruosa, y también el molino del que salía ese horrible olor que llenaba el aire. Ahora el hedor se estaba yendo, pero no tan rápido como le hubiera gustado.

Plata, el lobo, corría haciendo pequeños círculos, mientras el caballo de Tom, *Tormenta*, movía impacientemente las crines. Sus amigos animales también estaban ansiosos por salir de los maizales.

—Todavía tenemos que completar cuatro Búsquedas en Kayonia —dijo Tom—. Vamos a terminarlas cuanto antes.

—Sí —dijo Elena—, y entonces podremos volver a Avandia.

Tom suspiró.

—Me encantaría estar ahora en mi casa —aseguró—, pero todavía no podemos ir. Vamos a ver adónde tenemos que dirigirnos.

Sacó el Amuleto de Avandia que llevaba colgado al cuello y observó el camino

que se iba formando en la superficie y los llevaría a su siguiente Búsqueda.

—Nos dice que tenemos que ir al norte, hacia las montañas —le dijo a Elena.

Cuando su amiga se asomó para ver el amuleto de cerca, aparecieron unas letras.

—El Valle Dorado —leyó en voz alta.

Justo al lado de las palabras, Tom vio la imagen de una extraña joya roja.

—Ése debe de ser el siguiente ingrediente que tenemos que encontrar.

Tom había descubierto recientemente que Freya, la Maestra de las Fieras, era su madre. Ahora ella estaba atrapada bajo el maleficio del diabólico Velmal, y Tom tenía que encontrar seis ingredientes para hacer la poción que liberaría a su madre; sin embargo, los ingredientes estaban repartidos por todo el reino de Kayonia y a cada uno lo protegía una Fiera malvada.

—Por lo menos parece que el Valle Dorado no va a oler tan mal como este lugar —dijo Elena, moviendo la mano delante de la nariz con cara de asco.

Tom examinó el mapa de cerca.

—Tienes razón. Allí hay lagos, embalses y ríos que van en todas direcciones.

Dejó caer el amuleto sobre el pecho y se subió a la montura de su caballo.

—Vamos a ponernos en camino —dijo extendiendo una mano para ayudar a Elena a subirse detrás de él. *Plata* ya corría por delante y Tom puso a *Tormenta* al galope.

Para su alivio, el olor fue desapareciendo a medida que dejaban atrás los campos de maíz. Se levantó una brisa y el aire se volvió limpio y fresco.

Pero el sol bajaba rápidamente por el cielo y pronto se pondría, creando un brillo dorado y escarlata. El crepúsculo se hizo más intenso y aparecieron estre-

llas en el cielo. Después se elevaron tres pequeñas lunas, pero no eran lo suficientemente brillantes como para iluminar el camino.

—Está demasiado oscuro para continuar —dijo Tom, un poco frustrado. En Kayonia el sol salía y se ponía a su antojo.

—A *Tormenta* y a *Plata* no les quedan



muchas energías —añadió Elena—. Ya creen que es hora de dormir.

Tom sabía que su amiga tenía razón. *Tormenta* arrastraba los cascos con la cabeza agachada, y *Plata*, que normalmente corría por delante, ahora trotaba lentamente al lado del caballo.

—Será mejor que acampemos —dijo—. No sabemos cuánto va a durar la noche. Podría ser un momento muy breve o el equivalente a dos noches en Avantia.

—¿Cómo planeamos nuestra Búsqueda en un mundo así? —preguntó.

—Ya buscaremos la manera —dijo Tom bajándose de la montura—. Siempre lo hacemos.



El muchacho tenía la mirada perdida en la oscuridad cuando apareció una cara flotando delante de él.

«Freya...»

Sus rasgos le resultaban familiares, pero a la vez extraños. La imagen de su madre lo tendría que haber reconfortado, sin embargo, estaba horrorizado. La última vez que la había visto, su madre era fuerte y muy guapa, además de valiente. Ahora tenía la cara desfigurada por las arrugas, cuyo borde, además, crepitaba como si se estuviera quemando por dentro. Mientras Tom la observaba, su madre soltó un grito de dolor.



—¡Madre, aguanta! ¡Te llevaré la poción para curarte!

Tom intentó tocarla, pero la cara de Freya desapareció como una neblina. De pronto, el chico notó el frío de la hierba que había debajo y la manta que tenía sobre las piernas. A su lado, Elena dormía profundamente, envuelta en su propia manta. Más allá, *Plata y Tormenta* descansaban plácidamente.

Había sido una pesadilla..., una pesadilla que le había enviado Velmal para burlarse de él.

Le ardió el corazón de rabia. Tiró la manta a un lado, se levantó y desenvainó la espada. Con el filo en alto, miró hacia las colinas, donde ya se asomaba la pálida luz del amanecer en el horizonte.

—¡Te lo advierto, Velmal! —gritó—. Mientras la sangre corra por mis venas, ¡rescataré a mi madre de tu diabólica magia!